

Contradicciones sociales y procesos de movilización en espacios rurales de Argentina en las últimas décadas

Guido Galafassi¹

Introducción: el estudio de los movimientos sociales agrarios en Argentina

Si bien, la movilización en los espacios rurales no ha tenido un desarrollo tan extenso como en otros países latinoamericanos, debido en parte a la singular estructura agraria argentina, igualmente, y dada la importancia de la cuestión agraria en toda la historia del desarrollo argentino, es posible afirmar que la problemática de los movimientos sociales agrarios ha sido claramente sub-estudiada.

Dos hechos puntuales han escapado a esta constante mereciendo un interés particular: por un lado la protesta de principios del siglo XX conocida como El Grito de Alcorta y por otro, aunque en menor medida, el fenómeno de las Ligas Agrarias de los años setenta en el Nordeste. Pero es necesario destacar que en los últimos cinco años, ha comenzado a aparecer un interés relativamente más alto sobre el estudio de los movimientos agrarios contemporáneos. De estos, el Movimiento Campesino de Santiago del Estero y el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha son los más estudiados (coincidiendo con su mayor presencia mediática); aunque el interés también se extiende sobre otras organizaciones populares del campo argentino actual.

Podríamos establecer como un primer antecedente a tener en cuenta en el debate sobre la movilización de sectores populares agrarios en la región y para las últimas décadas, al trabajo de Anibal Quijano de 1967, que llevaba por título "Los movimientos campesinos contemporáneos en América Latina". Si bien el autor utiliza el concepto de campesino, este es usado en un sentido más bien laxo y amplio, de tal manera de no restringir su aplicación solo a sectores conceptualmente delimitados. Pero sin lugar a dudas, se está refiriendo a pequeños y a lo sumo medianos productores, sin discriminar detalladamente a aquellos que sustentan su producción en base a un proceso de acumulación de aquellos que no lo hacen, lo que por cierto en muchos casos es más que difícil de distinguir. Una primera distinción que realiza Quijano se refiere al carácter político de las movilizaciones campesinas luego de la crisis del '30, a diferencia de aquellas previas a esta fecha que son categorizadas como pre-políticas, por cuanto los objetivos de los campesinos movilizados no se orientaban necesariamente a modificar las relaciones de poder y la estructura social vigente, salvo en aspectos muy puntuales. Teníamos así movimientos mesiánicos, bandolerismo social, movimientos racistas y movimientos agraristas tradicionales o incipientes. A partir de los años '30, los movimientos campesinos, ya políticos, pueden diferenciarse entre el agrarismo reformista y el agrarismo revolucionario. En el primer tipo nos encontramos a su vez con dos variantes: la primera se refiere a aquellos procesos dirigidos a modificar aspectos negativos en las relaciones de trabajo, en lo que el instrumento de lucha predominante está

¹ Docente-Investigador CONICET-UNQ y UBA

constituido por la huelga. Esta modalidad tendrá un mayor desarrollo según Quijano en, por ejemplo, las haciendas que han evolucionado a formas asalariadas de trabajo o donde el sistema agrario predominante es el de la plantación. Cuando los movimientos campesinos se dirigen a modificar predominantemente la relación con la tierra, aunque sin proponerse necesariamente la modificación de las relaciones sociales de la sociedad agraria, nos encontraríamos frente a la segunda variante. El agrarismo revolucionario estaría según Quijano en una forma todavía incipiente siendo en casos difícil de distinguirlo del reformista. Se trata de aquellos casos en los cuales los movimientos campesinos no solo se dirigen a la transformación de las relaciones de propiedad de la tierra, sino que además apuntan a la modificación de toda la estructura de poder y la redistribución de la autoridad y del prestigio social. El movimiento campesino y miliciano de la revolución boliviana de 1952 es presentado como el ejemplo más notable de este agrarismo revolucionario.

En relación a la Argentina y volviendo al hecho de la relativamente escasa atención que ha recibido en los medios académicos la temática del conflicto y los movimientos sociales ligados a las problemáticas del campo, podemos ver sin embargo una excepción para el caso de los conflictos aparecidos en el principio del siglo XX. Aunque es de destacar otra vez, que en estos últimos años y más como acompañamiento a las modas internacionales surgidas a la luz de la llamada “teoría de la acción colectiva” y la “teoría de los nuevos movimientos sociales” han aparecido una serie de autores y grupos dedicados en general a la cuestión de los movimientos sociales, parte de los cuales -la minoría por cierto- se está dedicando a la versión agraria de los casos.

Así, podemos partir de la observación que el estudio del conflicto, las luchas y los movimientos sociales relacionados con el campo se presenta como un tema, por un lado predominantemente vinculado al pasado, a los estudios históricos de las tres o cuatro primeras décadas del siglo XX; y por otro como una representación actualmente en desarrollo de la aparición de “nuevos” sujetos sociales que surgen en el campo en las últimas décadas, ligados particularmente a los cambios generados por la aplicación de las recetas neoliberales. Ahora, mientras que los primeros centraban el eje del análisis precisamente en las luchas y los conflictos generados a partir de la imposición de un determinado modelo de desarrollo rural y de la interacción y la puja de intereses entre los diversos sujetos del agro; los segundos en cambio, ponen mucho más fuertemente el énfasis en las cuestiones de relativismo subjetivo ligado fundamentalmente a la organización de los movimientos, quedando la lucha, el conflicto y la puja entre fuerzas antagónicas relegadas a un segundo o tercer plano, o incluso desapareciendo del análisis.

El estudio del denominado “Grito de Alcorta” ocurrido en la década de 1910 acapara buena parte de la literatura sobre los conflictos del campo en los inicios del siglo XX. Este conflicto marca además la fuerte centralidad que la región pampeana ha tenido en el abordaje de la problemática en consonancia con la relevancia central de esta región en la dinámica socioeconómica de la Argentina a lo largo de toda su historia moderna. El Grito de Alcorta reúne una serie de sucesos que se extendieron hasta comienzos de la década de 1920 y que han sido vistos por todos o la mayoría de los analistas como hechos que pusieron socialmente en cuestión las características del sistema institucional agrario. Los estudios entonces van desde los trabajos clásicos que se acercaron a la cuestión desde una perspectiva cercana a los intereses de los promotores de la rebelión, hasta análisis más recientes que intentan revisar el caso y proponer lecturas alternativas respecto a los motivos de la huelga y la caracterización socioeconómica de sus participantes. Se ha resaltado, por ejemplo, la fuerte dependencia de la producción rural pampeana respecto al comercio internacional en desmedro de un muy débil mercado interno, de tal manera que las

fluctuaciones del precio más los problemas institucionales argentinos que repercutían negativamente sobre el mismo, habrían condicionado la situación económica de los pequeños productores creando así el contexto que los impulsó a estos a la protesta y la lucha². La relación entre los altos arrendamientos impuestos por los terratenientes más la presencia de malas cosechas consecutivas, es otro de los argumentos utilizados para intentar explicar la rebelión, aunque sin desconocer la importancia de los precios. Se conformó así la “visión tradicional” que ponía el énfasis en la contradicción planteada entre la oligarquía terrateniente y el régimen de arrendamientos asociado a su hegemonía a partir de su monopolio latifundista del suelo y la posibilidad de supervivencia de los campesinos medios o pequeños y medianos productores de la región pampeana. La protesta agraria fue, de esta manera, la respuesta de los sectores dedicados directamente a la producción ante la opresión de los propietarios de la tierra. Plácido Grela³ representa el más claro exponente de esta línea de interpretación, siendo su obra el análisis clásico referido a la rebelión en Alcorta, en donde se pone además de relieve el papel de los colonos inmigrantes de orientación anarquista y socialista. Pero es importante destacar que esta posición de “sometimiento” impuesta por los terratenientes ya había sido declarada por Antonio Boglich⁴ unas décadas antes⁵. Una complejización del problema agrario en las primeras décadas del siglo XX representa una línea de interpretación más cercana a nuestros días, en donde la protesta de Alcorta aparece así cruzada por una compleja estructura de explotación en la que participan, no solo arrendatarios, terratenientes, sino también muestras diversas de capitales usurarios, comerciales y financieros hasta, obviamente el Estado en sus diferentes manifestaciones. Pucciarelli⁶ incluye el conflicto en este marco de análisis mientras el trabajo de Arcondo⁷ se zambulle explícitamente en la interpretación del Grito de Alcorta.

Como se dijo al principio, luego de las primeras décadas del siglo XX, las ciencias sociales se ocupan relativamente poco de la conflictividad agraria (a pesar del alto interés por los conflictos sociales en general y el alto nivel de compromiso social y político de buena parte del espectro intelectual) quedando así planteado el interrogante acerca del aparente decaimiento de los conflictos en las décadas que van desde los años 30 a los años 70. Son entonces, escasas las investigaciones y publicaciones referidas a movilizaciones agrarias sobre estas décadas. Jorge Sabato⁸ sostiene que en realidad la conflictividad bajó realmente ya que “el cambio en la forma de organización social tradicional del modelo productivo, al eliminar algunas causas de enfrentamientos, probablemente atenúe los conflictos y divisiones de los distintos movimientos corporativos entre sí”. Vale mencionar

² Solberg, Carl, “Descontento rural y política agraria en la Argentina, 1912-1930”, en, M. Gimenez Zapiola, *El régimen oligárquico*. Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

³ Grela, Plácido, *El Grito de Alcorta. Historia de la rebelión campesina de 1912*. Rosario, Ed. Tierra Nueva, 1958.

⁴ Boglich, José, *La cuestión agraria*. Buenos Aires, Ed. Claridad, 1937.

⁵ Actualmente, abundan las tesis revisionistas que intentan suavizar el papel opresivo del latifundismo al repartir las responsabilidades también entre las compañías colonizadoras, como el texto de Barsky, Osvaldo; Marcelo Posada y Andrés Barsky, *El pensamiento agrario argentino*. Buenos Aires, CEAL, 1992.

⁶ Pucciarelli, Alfredo, *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

⁷ Arcondo, Aníbal: “El conflicto agrario argentino de 1912. Ensayo de interpretación”. *Revista Desarrollo Económico*, n° 79, Buenos Aires, 1980.

⁸ Sabato, Jorge: *La pampa pródiga: claves de su frustración*. Buenos Aires, CICEA, 1981.

aquí los trabajos de Humberto Mascali⁹ como uno de los pocos trabajos dedicados a conflictos agrarios para las décadas del '40 y '50, más específicamente a los conflictos laborales y su relación con la crisis de la agricultura y el incremento de la desocupación en la región pampeana; o los trabajos de Francisco Delich¹⁰ quien se dedicó a estudiar y tipificar la acción y organización campesina en Argentina, con una atención especial a la provincia de Tucumán; o el trabajo más general de Murmis, Nun y Marín¹¹ quienes introducen la cuestión agraria argentina y su conflictividad dentro del esquema general de la marginalidad en América Latina.

Para los años 70, vuelven a aparecer los estudios sobre movimientos agrarios contemporáneos, sobresaliendo las investigaciones sobre las Ligas Agrarias. Dos autores son los analistas claves de este movimiento, Francisco Ferrara¹² y Jorge Próspero Roze¹³. También realizaron tangencialmente algunos análisis sobre estos movimientos pero más como complemento de sus estudios sobre colonización campesina que como interés primario en los conflictos, los investigadores E. Archetti¹⁴ y L. Bartolomé¹⁵.

La constitución de las Ligas Agrarias en las provincias del Nordeste se manifestó a través de organizaciones que fueron surgiendo dentro de los ámbitos provinciales pero coordinando muchas o algunas de sus tareas a nivel regional. Así, la cuestión de la autonomía y la diferenciación de cada liga provincial constituyen un punto importante de la caracterización y el debate surgido por aquellos años. El citado Jorge Prospero Roze, en diferentes trabajos de fines de los años setenta (aunque publicados recién en los noventa) hace hincapié justamente en el carácter heterogéneo en donde las diferencias con las que se manifiestan las Ligas Agrarias en cada provincia son puntualmente resaltadas, “condicionadas por las estructuras de clase en el interior de las cuales se desenvuelven los productores asociados a las ligas”¹⁶. Ferrara, en cambio, caracterizó en su momento a las Ligas Agrarias como un movimiento social con una fuerte homogeneidad ideológica y de acción a partir de resaltar todas las similitudes que presentaban los distintos grupos en sus acciones y enfrentamientos con las distintas instancias de gobierno (a pesar de tratarse de grupos diferentes de productores). La hipótesis básica de su trabajo fue precisamente la búsqueda de esta homogeneidad y organización unitaria que representaba el conjunto del

⁹ Mascali, Humberto, *Desocupación y conflictos laborales en el campo argentino (1940-1965)*. Buenos Aires, CEAL, 1986.

¹⁰ Delich, Francisco, “Estructura agraria y tipos de organización y acción campesina”. En, Marsal, Babini, Delich, Germani, Merckx y Miguens, *Argentina conflictiva. Seis estudios sobre problemas sociales argentinos*. Buenos Aires, Paidós, 1972; y Delich, Francisco, *Reivindicación y formas de acción social campesina. Estudios sobre campesinos tucumanos*. Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1968.

¹¹ Murmis, Miguel, José Nun y Juan Carlos Marín, *La marginalidad en América Latina*. Buenos Aires. Instituto Di Tella, 1969.

¹² Ferrara, Francisco, *Que son las Ligas Agrarias. Historia y Documentos de las organizaciones campesinas del Nordeste Argentino*. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 1973.

¹³ Roze, Jorge Prospero, “Del apogeo y crisis de una burguesía hegemónica al defensismo de una burguesía en disolución. El caso del Chaco 1970-2000”. En, *Revista Theomai, Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo*, núm. 9, primer semestre de 2004. (versión electrónica: <http://www.unq.edu.ar/revista-theomai/numero9>); Roze, Jorge Próspero, *Conflictos agrarios en la Argentina: El proceso liguista*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.

¹⁴ Archetti, Eduardo, “Ideología y organización sindical: las ligas agrarias del norte de Santa Fe”. En *Desarrollo Económico*, vol. 28, núm. 111 (octubre-diciembre 1988)

¹⁵ Bartolomé, Leopoldo, “Base social e ideología en las movilizaciones agraristas en Misiones entre 1971 y 1975”. En *Desarrollo Económico*, vol. 22, núm. 85 (abril-junio 1982)

¹⁶ Roze, 1992: 11

campesinado más pobre “lanzados definitivamente hacia el combate revolucionario”¹⁷. El contexto “revolucionario” de los años setenta marcó fuertemente, sin lugar a dudas, la representación que Ferrara se hiciera de estos movimientos agrarios. Es en efecto, la aparición de luchas en el campo lo que comenzará resaltando y destacando, por cuanto esto representaba el poder llenar un vacío de tal manera de completar el conjunto de los sujetos antagónicos indispensables para llevar adelante un proyecto de cambio social. La importancia que Ferrara le da a las luchas agrarias, lo distancia obviamente de las interpretaciones más ortodoxas que focalizan al sujeto exclusivamente en la clase trabajadora.

La Unión de Productores Agropecuarios de la República Argentina también tuvo cierta relevancia en aquellos años e incluso intentaron siempre, con suerte diversa, vincular su lucha con las de las activas y consolidadas Ligas Agrarias. Silvia Colazingari¹⁸ es quien ha estudiado a esta agrupación de productores, apuntando específicamente a dilucidar el comportamiento y la toma de posición de esta organización frente a la política agraria del gobierno peronista de los años setenta que se planteaba la concreción de un intento de reforma apuntando a favorecer en cierta medida los intereses de los estratos más bajos de productores rurales. Se adopta una postura que pone como eje de análisis las disputas y conflictos generados a partir de la contraposición o la comparación entre proyectos políticos de cambio social, aunque se trataba de un cambio social relativo. Es que las teorías del individualismo metodológico todavía no habían recalado en estas costas.

Desarrollo y movilización social en el Interior en los años '60 y '70 (regiones extrapampeanas)

A partir de los años 50, el interior se vio como protagonista de diversos procesos políticos y socioeconómicos. Ya desde el peronismo se comienza a vislumbrar algún cambio, refocalizándose la cuestión regional con la Revolución Libertadora (llamada Fusiladora por muchos) y los posteriores gobiernos constitucionales de Arturo Frondizi y Arturo Illia. Los años '60 y principios de los '70 marcaron, sin lugar a dudas, el momento culminante de las luchas de intereses en el interior, al explotar la crisis azucarera en Tucumán primero, seguir con el Cordobazo en mayo de 1969, el Choconazo en 1969-1971 y el proceso de movilización agraria más importante desde el Grito de Alcorta que fue la ya mencionada, constitución de las Ligas Agrarias en la región del Nordeste desde 1971 a 1976.

Fue Córdoba el centro, tanto de un renovado auge de desarrollo regional, fundamentalmente a partir del crecimiento de la producción industrial, así como de los procesos de movilización social que pusieron en jaque no solo al reinado continuado de las dictaduras militares sino incluso al propio patrón capitalista de desarrollo. A su vez, la readaptación del perfil de las economías regionales a los intereses ligados al mercado multinacional devino en algunas serias crisis con movimientos de resistencia como respuesta, como en Tucumán o en el Nordeste; o en procesos de protesta debido a la implantación de nuevos mega-proyectos en donde el trabajo era sinónimo de hiper-explotación, como en Patagonia. La estrategia desde el poder, amparados bajo un

¹⁷ Ferrara, 1973: 478

¹⁸ Colazingari, Silvia, *La actuación de la Unión de Productores Agropecuarios de la República Argentina en el marco de la concertación de intereses del tercer gobierno peronista*. Univesidad de Buenos Aires, Carrera de Sociología, Tesis de licenciatura, septiembre de 1986.

régimen dictatorial, fue siempre la represión, aunque también se implementaron diversas estrategias de redefinición del desarrollo con el explícito objetivo de desarticular a los grupos de resistencia. En todos los casos la impronta regional con sus particularidades tuvo una fuerte incidencia en las rebeliones y movilizaciones, pero también fueron el reflejo de un momento nacional de efervescencia antisistema (al son de procesos continentales y hasta mundiales), por cuanto la revolución vietnamita primero, seguida de la revolución cubana y otros procesos de liberación en el Tercer Mundo marcaban la agenda y funcionaron como fuertes acicates movilizadores hacia un camino de cambio social. Es que estas experiencias demostraban la concreta posibilidad de tal cambio. Es por esto que parece demasiado limitada aquella visión que sostiene que “lo que estas protestas ponían en cuestión era justamente la relación entre lo regional y lo nacional”¹⁹. Además es de notar la categorización de solo “protesta” que se le da (en consonancia con las actuales visiones posmodernas y neofuncionalistas)²⁰, en lugar de verlos como procesos dialécticos de hegemonía, resistencia y movilización.

Pero lo anterior no implica que no existiera, desde la creación de Argentina como nación, fuertes desigualdades regionales que llevaban a relaciones conflictivas y de sumisión. La dicotomía entre la “prospera región pampeana” y las “empobrecidas provincias extrapampeanas” seguía tan vigente como a principios de siglo. Vale la denominación que esta dicotomía recibía por aquellos días, por un lado el “litoral cosmopolita y moderno” y por otro y enfrentado el “interior criollo y tradicional”. Esta visión de la dicotomía tuvo una importancia marcada tanto en la política peronista como en la liberal-conservadora devenida luego de su derrocamiento, marcando en parte ciertos rasgos de los conflictos y los procesos de movilización social de los años '60 y '70. Mientras el peronismo intentó atemperar las diferencias entre los dos polos de la dicotomía en forma indirecta a través de un intento de fortalecimiento del mercado interno y una redistribución de la riqueza que sea un poco menos desfavorable para las clases trabajadoras, aunque esto implicara sostener situaciones de “atraso productivo” en términos de competitividad internacional; los regímenes, tanto dictatoriales como constitucionales posteriores (con una leve salvedad para el gobierno de Illia) basaron en el “atraso” el foco de su política. Fue así que el objetivo de la “modernización” se transformó en el supuesto eje de sus políticas. Modernización significaba luchar contra lo tradicional (asentado en el interior) y potenciar las fuerzas que traerían progreso y pondrían a la Argentina otra vez en niveles de competitividad internacional. Fue el capital multinacional aquel considerado como el fundamental promotor de la modernización. Buena parte de los conflictos y procesos de resistencia y movilización pueden explicarse precisamente a partir de entender las consecuencias y los impactos que estas políticas de modernización tuvieron sobre las estructuras sociales y productivas del interior. Los casos mencionados más arriba reflejan justamente esta situación. El poner en competitividad la producción regional de azúcar en Tucumán y de algodón en el nordeste generó la reacción de las clases trabajadoras o de pequeños productores rurales que vieron así declarada su defunción, por cuanto no podían entrar en el nuevo “régimen de producción moderna”. Como la competitividad implica bajar

¹⁹ Healey, Mark Alan. “El interior en disputa: proyectos de desarrollo y movimientos de protesta en la regiones extrapampeanas”. En: Daniel James (comp.) *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Nueva Historia Argentina, Tomo IX. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 2003.

²⁰ Cfr: Galafassi, Guido: “Cuando el árbol no deja ver el bosque. Neofuncionalismo y posmodernidad en el estudio sobre los movimientos sociales”. En, *Revista Theomai* n° 14, segundo semestre 2006, pp. 37-58 (versión web en <http://revista-theomai.unq.edu.ar>)

costos y el bajar costos implica mayor explotación de la fuerza de trabajo, esta puede reaccionar e intentar resistirse, tal como se dio en los casos de Córdoba y el Chocón mencionados más arriba.

Es decir que la relación entre lo regional y lo nacional estuvo claramente presente, como casi siempre lo está, pero esta relación entre lo regional y lo nacional es claramente insuficiente para explicar por sí solo la dinámica de las décadas del '60 y '70. Sin la fuerte relación dialéctica con procesos internacionales y con una fuerte dependencia de estos que se materializó a través de las políticas de modernización, es difícil, sino imposible entender los procesos de hegemonía-resistencia de aquellos años.

Las Ligas Agrarias en las provincias del Nordeste

Los diferentes movimientos de protesta rural en general, y las Ligas Agrarias en su conjunto en particular, se apoyaban en el factor de marginalidad que poseían los pequeños productores y trabajadores rurales en el contexto de la sociedad capitalista vigente²¹. Las Ligas Agrarias que se organizaron en las distintas provincias del nordeste argentino representaron entonces un gran sector de productores rurales, tanto colonos como campesinos, que viéndose marginados del modelo de desarrollo dominante, irrumpieron en la arena de la lucha política de los años setenta, provocando las más diversas reacciones e interpretaciones. En parte fueron interpretadas con miedo y sectarismo por los sectores de poder, como la caracterización de que detrás de ellas se perfilaba la “mano oculta del comunismo” al decir de un editorial del diario La Prensa (27 de febrero de 1972). Pero también, y en sintonía con la efervescencia de diversas expresiones revolucionarias de esos años, fueron interpretadas positivamente como la “larga marcha” del campesinado hacia la revolución²².

El proceso de las Ligas Agrarias se inicia a fines de 1970 y prácticamente termina en marzo de 1976 con la destitución del gobierno de Isabel Perón. Una diversidad relativamente amplia de productores, desde campesinos minifundistas pauperizados hasta chacareros medianos, tal como los identifica Roze, comenzaron a darse una organización, provincial y regional que habría agrupado en su conjunto a más de 20.000 familias y 54.000 jóvenes. El proceso de conformación fue gradual y puede considerarse al Movimiento Rural de la Acción Católica fundado en 1958 como uno de sus antecedentes. Se pasó de una organización exclusivamente evangelizadora a otra claramente reivindicativa al compás de la emergencia de procesos e ideas de rebelión social tanto en el seno mismo de la Iglesia, con el surgimiento de la Teología de la Liberación, como de procesos políticos en toda Latinoamérica, afectando todos ellos en forma notable los debates y la organización de este movimiento rural.

El proceso de agitación y concientización generado por el Movimiento Rural en su última etapa junto a esta crisis que generaba una pauperización creciente fueron los condimentos esenciales que permitieron la emergencia de movimientos rurales de protesta en las distintas provincias del nordeste organizados principalmente a partir del

²¹ A pesar de lo evidente y conocido del proceso liguista se manifiesta una ausencia de su mención en las recientes historias agrarias de la Argentina. Por ejemplo Barsky, a pesar de mencionar la fuerte caída en la producción algodonera, deja de lado la crisis que esto genera en la región chaqueña y el consecuente conflicto entre monopolios y productores que da origen al movimiento de las Ligas Agrarias (cfr. Barsky y Gelman, 2001).

²² En parte, esta era la posición de Francisco Ferrara en su clásico trabajo sobre las ligas agrarias del año 1973.

nucleamiento de los productores en cada provincia pero con una importante dinámica de articulación y conjunción a nivel regional. Estas organizaciones a nivel provincial tuvieron características diferenciales, siendo, sin lugar a dudas, las Ligas Agrarias Chaqueñas (LACH) - las primeras en fundarse -, y el Movimiento Agrario Misionero (MAM), las organizaciones más importantes en cantidad de militantes y en acciones de reivindicación y protesta. La Unión de Ligas Campesinas Formoseñas (ULICAF) y las Ligas Agrarias Correntinas (LAC) tuvieron también un desarrollo destacado con la particularidad de nuclear a productores más cercanos a la caracterización más tradicional de “campesinos”, en donde el problema del acceso a la tierra adquiría una dimensión mucho más importante²³.

Un acontecimiento sin duda fundacional de estos movimientos agrarios fue el Primer Cabildo Abierto del Agro Chaqueño celebrado en noviembre de 1970 en la localidad de Saenz Peña. Entre las resoluciones adoptadas sobresalen la fijación de un precio mínimo, sostén y móvil para el algodón. En mayo de 1971 se formaliza la creación de las ligas a partir de la designación de autoridades y la aprobación del estatuto. Las reivindicaciones, fundamentalmente orientadas a cuestiones económicas ligadas a la supervivencia de los campesinos como productores agrarios²⁴ son profundizadas en los congresos siguientes (excenciones impositivas, inembargabilidad de maquinarias y tierras por deudas, reclamo de tierras, etc.), por medio de las cuales se va configurando un discurso antimonopólico y antimperialista. Para fines de 1972 los reclamos y las acciones se van radicalizando multiplicándose las medidas de acción directa como el corte de rutas o su bloqueo con clavos “miguelitos” además de la profundización de los paros y huelgas agrarias. El acceso al poder del gobierno peronista a partir de 1973 marcó un cierto “relajamiento” en las confrontaciones, debido a ciertos lazos (con diversos matices en las diferentes provincias) entre las ligas y el la Juventud Peronista y el ala izquierda del partido, quienes pasan a ocupar ciertos espacios en el gobierno y debido también al inicio de actividades de los Montoneros en la región. Con el golpe de Estado de 1976 se inicia la persecución y represión sistemática contra militantes y dirigentes liguistas, dando como resultado el desmantelamiento de las Ligas más el inicio de tibios programas de promoción de la producción regional tendientes a restarles bases de sustentación a la posible reconstrucción de la protesta.

Movilización social y movimientos agrarios en la actualidad

En la Argentina de los últimos años y luego de una década en donde se pasa de la lucha por los “derechos humanos” a la aceptación (festejada en mayor o menor medida) del neoliberalismo extremo del peronismo de Menem, se comienzan a gestar nuevamente organizaciones y movimientos que van de la protesta por necesidades y derechos primarios al cuestionamiento más radical del sistema reinstalando la discusión sobre la conveniencia o no de las relaciones sociales dominantes. Este incipiente proceso de discusión se hizo posible gracias a la emergencia de una serie numerosa y diversa de organizaciones populares y movimientos sociales, tanto en el ámbito urbano como rural. La crisis política de esta etapa democrática surgida en 1983 más la profunda crisis del modelo económico capitalista de corte aperturista, desindustrializador y neoliberal, fue llevando a que en los años noventa, diferentes grupos sociales que iban quedando

²³ También existieron, pero con un desarrollo notoriamente menor y con una aparición más tardía, movimientos reivindicativos agrarios en el norte de la provincia de Santa Fe como la Unión de Ligas Agrarias de Santa Fe (ULAS) (cfr. Archetti, 1988) en la provincia de Entre Ríos, como las Ligas Agrarias Entrerrianas.

²⁴ Estatuto de las Ligas Agrarias Chaqueñas, 1971.

excluidos de la sociedad, comenzaron a organizarse para retomar un proceso de luchas y protestas que había quedado anulado con la fuerte represión (30.000 desaparecidos) de la dictadura militar iniciada en 1976. Pero estos movimientos de protesta tenían un carácter claramente diferente, pues fueron las grandes masas de trabajadores desocupados los que iniciaron y predominaron en todo este proceso. La nueva sociedad argentina que produce pobreza y desocupación en un extremo y alta concentración económica en el otro, estaba renovadas organizaciones sociales con renovadas prácticas políticas de protesta. Hacia fines de los años noventa, una infinidad de movimientos de desocupados, más diversos movimientos agrarios, más organizaciones de obreros que recuperaron productivamente sus fábricas abandonadas por los empresarios, conformaban un conjunto muy diverso de formas de lucha y resistencia en donde no solo el modelo económico era puesto en duda, sino también el modelo político de la democracia representativa. El punto culminante llegó con la insurrección popular del 19 y 20 de diciembre de 2001, donde aparecen además las asambleas barriales conformados mayoritariamente por sectores de clase media que hasta el momento habían sido los principales defensores del modelo. Pero este debate, y estado de efervescencia social y política fue lentamente declinando a medida que la situación económica a lo largo de 2002 (y como consecuencia de la salida de la convertibilidad implementada por el gobierno peronista y provisional de Eduardo Duhalde, ex-vicepresidente de Carlos Menem) entraba en una meseta de cierta estabilidad (aunque sin que desaparezca ni un ápice de la profunda crisis casi terminal del modelo neoliberal de desarrollo) quedando refugiado primordialmente en los sujetos sociales más críticos del sistema dominante (movimientos de desocupados, trabajadores de fábricas recuperadas, lo que queda de las asambleas barriales y movimientos agrarios) mientras el resto de la población regresaba de alguna manera a la apatía de la última década²⁵.

En los espacios rurales, y dada la agudización de las contradicciones históricas, la protesta y la organización de diversos movimientos agrarios también adquirió cierta importancia durante los últimos años, aunque no haya estado tan presente en los medios, por lo que parecería que en parte no hubiera existido. A pesar que la combinación “terrateniente ganadero – agricultor familiar capitalizado (tipo farmer)” domina buena parte de las regiones del país, existen zonas de campesinos y/o otras de comunidades de campesinos indígenas que le otorgan cierta heterogeneidad relativa al mundo agrario argentino. Tanto los agricultores familiares como los distintos tipos de productores campesinos han tomado parte, en las últimas décadas, de los movimientos de protesta, junto a otros sujetos como trabajadores rurales, contratistas sin tierra, etc. Los problemas económicos derivados de la producción en un contexto de crisis, más la cuestión de la tenencia de la tierra o de la propia supervivencia como población rural fueron los ejes predominantes de las acciones colectivas, en franco contraste con un proceso de concentración económica que alcanzó ribetes de máxima expresión en el mundo rural durante esta etapa neoliberal. Así lo señalan algunos pocos trabajos recientes, claramente minoritarios dentro del contexto dominante de visiones subjetivistas y ancladas en el individualismo metodológico. Las estrategias del cambio social, las luchas, los enfrentamientos entre proyectos de sociedad y el análisis de los antagonismos de clase constituyen elementos claves que nos permiten entender los procesos de movilización social.

²⁵ Galafassi, Guido: “Argentina on fire: people’s rebellion facing the deep crisis of the neoliberal market economy”. *Democracy & Nature*, volumen 8, number 2, 2002.

Para la paradigmática región pampeana por ejemplo, es fundamental entonces focalizar en las consecuencias del plan de convertibilidad implementado en los noventa para comprender la emergencia de movimientos agrarios. Se produjo una aguda profundización del proceso de concentración económica en el agro generando una creciente desocupación, un endeudamiento de los pequeños y medianos productores y un creciente éxodo rural. En este contexto se ha generado “un proceso de luchas reivindicativas que colocó a la mayoría de los chacareros pampeanos en la primera fila de los conflictos sociales ventilados en los últimos años”²⁶. El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha (MML) surgió por la acción espontánea de un sector de Chacareros (farmers) de un área relativamente periférica de la rica región Pampeana, quienes al no poder soportar más un fuerte proceso de incremento de sus deudas bancarias, poniendo en peligro la tenencia misma de sus propiedades (tierra y maquinarias), comenzaron a darse una estrategia para impedir los remates judiciales, para luego organizarse a nivel nacional y conformar un renovado esfuerzo por terciar en la puja histórica contra los grandes productores del campo. La clásica contradicción estructural del campo argentino fue una más el detonante de la protesta y la movilización de este sector de productores familiares capitalizados.

Frente a esta contundencia de las contradicciones estructurales, expresada explícitamente por el propio movimiento pampeano, existen sin embargo enfoques analíticos que insisten con visiones asentadas en el individualismo metodológico y apelan a la eurocentrica categoría de “nuevos movimientos sociales”²⁷. Siguiendo a Claus Offe, se diferencia entre un supuesto viejo paradigma clasista con grupos institucionalizados y partidos políticos, y un supuesto nuevo paradigma político o paradigma del “modo de vida” cuyo espacio de acción es el de las políticas desinstitucionalizadas. Así, el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha, es exclusivamente interpelado a partir de “sus formas organizativas, su composición genérica y sus acciones y narrativas en el escenario de la acción colectiva de protesta, exasperada en estos últimos años, que supone un lugar de encuentros, interacciones y posibilidad de alianzas”.

Pero lo más representativo de la etapa actual de los procesos de movilización en las áreas rurales, lo constituyen sin dudas, la existencia de gran cantidad de movimientos “campesinos”, en tanto mayoritariamente se reconocen como tal. Efectivamente, en las zonas más periféricas del llamado interior, en las economías extrapampeanas, vienen apareciendo un sinnúmero de conflictos, muchos de los cuales terminan conformando organizaciones sociales de lucha. La característica en común es la condición de productor precario mayoritariamente con problemas de tenencia, y con una inserción intermitente en el mercado más una relativamente importante producción para la subsistencia. Es de hacer notar, que en la historia argentina este fenómeno tiene algún grado de novedad, por cuanto la producción capitalista de medianos y grandes productores fue siempre la dominante, pero teniendo en cuenta el contexto latinoamericano, la aparición de movimientos de tipo campesino está claramente a la orden del día.

El caso más conocido, estudiado y difundido es el del MOCASE (Movimiento Campesino de Santiago del Estero) que nuclea a pobladores y campesinos del noreste

²⁶ Azcuy Ameghino, Eduardo, *Trincheras en la historia. Historiografía, marxismo y debates*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2004:228.

²⁷ Para una discusión más profunda sobre los problemas que las teorías dominantes sobre los movimientos sociales posee, ver Galafassi (2006)

argentino tal lo definido recientemente, es decir, con una tenencia más que precaria de la tierra y un nivel de subsistencia caracterizado por altos niveles de pobreza. Además, su forma de organización, sus planteamientos y reivindicaciones los ubican por fuera de cualquier movimiento clásico, pues junto a la lucha por la tierra, poseen reivindicaciones con ciertos ribetes “ecologistas” y dicen adoptar una forma de organización que los acerca a los movimientos autonomistas, manteniendo estrechos contactos con algunos de estos grupos urbanos, como fue el caso del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano (Pcia de Buenos Aires) primero y el Frente Popular Darío Santillán después ²⁸.

El Movimiento Campesino de Formosa (MOCAFOR) y la Unión de Campesinos Poriajhu del Chaco, continúan de alguna manera la lucha iniciada en los años setenta por las Ligas Agrarias del Nordeste, al mantenerse muchas de las problemáticas como la cuestión de la tierra y la imposibilidad de sobrevivencia de los “campesinos” ante el embate de los monopolios comercializadores y los grandes productores.

La Red Puna del noroeste argentino, la Asociación de Criadores de Cabras del Neuquén o la Organización de Comunidades Mapuche – Tehuelche de Chubut son algunos ejemplos de la organización de los grupos de campesinos más pobres en donde la presencia de grupos indígenas es importante. El objetivo de estos movimientos es fundamentalmente pelear para lograr un mínimo nivel de subsistencia, estando también presente el reclamo de identidad y tierras en aquellos casos en donde el componente indígena es más fuerte y en donde la confrontación entre la cultura occidental y la cultura de los pueblos originarios se hace fuertemente evidente. Se trata entonces de agrupaciones que han desarrollado un “perfil campesinista, realizando alianzas político-sociales con sectores no indígenas en coordinadoras o federaciones multiétnicas, cuyas reivindicaciones tienen como eje central las problemáticas propias de los movimientos campesinos”²⁹.

Entre las Ligas Agrarias y los movimientos contemporáneos

Tanto los ámbitos rurales como los urbanos constituyen escenarios (diversos, por cierto) del proceso global de desarrollo capitalista. El proceso de modernización, como pilar básico del progreso moderno, implica predominantemente tanto el desarrollo de la industrialización como de la urbanización, a tal punto que hasta el espacio rural se ve inmerso en esta coyuntura. Ya Kautsky³⁰ veía a la cuestión agraria como un proceso gradual de tecnificación, modernización e industrialización del campo. Los pequeños productores agrarios y los campesinos constituyen clases sociales propias también del capitalismo, aunque este lleve una tendencia implícita de eliminación y reemplazo de estas. Pero está claro que esta “modernización” (que significa también una “descampesinización”) se viene dando más articuladamente en los países centrales, asumiendo en cambio formas fuertemente desiguales en América Latina en general y en la Argentina en particular. De ahí, los profundos desequilibrios regionales de nuestro territorio. Es entonces dentro de este marco contextual de amplia desigualdad en el que

²⁸ Desde el individualismo metodológico y las teorías de la acción colectiva, el MOCASE también intentó ser estudiado. Una gran mayoría están particularmente interesadas en saber si este movimiento campesino constituye efectivamente un “nuevo movimiento social”, como si la aparición de movimientos campesinos en América Latina fuera realmente una novedad.

²⁹ Valverde, Sebastián, *Los movimientos indígenas en la Argentina. Las estrategias políticas de las organizaciones Mapuches*. Buenos Aires, Edunla, 2004.

³⁰ Kautsky, Karl. *La cuestión agraria*. México, Siglo XXI, 1974

hay que observar y analizar la organización y la acción de los movimientos sociales lo que permite salvar los errores de interpretación que se generan al trasvasar acríticamente los marcos teóricos norteamericanos y europeos (teoría de la acción colectiva y los nuevos movimientos sociales) para el estudio de la realidad argentina y latinoamericana.

Las Ligas Agrarias fundamentaban su movimiento de protesta en el proceso de exclusión que sufrían los colonos y pequeños y medianos productores. El nordeste representaba (y aún lo sigue representando) una región periférica y hasta excluida, frente a la región pampeana central, pero además los pequeños productores se veían sumidos en un segundo proceso de exclusión en términos de su lugar definitivamente marginal dentro de la estructura económica y social de la región del nordeste, dominada, tal como lo definían las ligas, por los monopolios. Así, es este “quedar afuera” de las condiciones favorables (en el sentido de aumento de la calidad de vida) del proceso de modernización lo que da origen a la rebelión agraria. De alguna manera se podría caracterizar a la crisis presente en la región chaqueña de los años setenta como una variante de los procesos de descampesinización tardíos del capitalismo, en donde la producción agraria va adquiriendo gradualmente el carácter de economía claramente capitalista, desplazando así a cualquier forma de producción familiar, o transformando a esta producción familiar en aquella exclusivamente orientada a la acumulación y la maximización de las ganancias. Esta claro que es la categoría de “campesino medio” aquella que resiste mejor este proceso de descampesinización, lo cual no implica que no sea también afectada. La condición intermedia del campesino medio entre un típico productor capitalista y un campesino clásico le permite una mayor flexibilidad ante los procesos de crisis. La producción familiar de la región chaqueña posibilitaba la adecuación a los períodos de crisis, utilizando -más fácilmente en Formosa- estrategias de subsistencia de la clase campesina que implicaban la adopción de conductas económicas de autodefensa social que en líneas generales no pueden utilizar las explotaciones plenamente capitalistas. El proceso de concientización y organización de los productores agrarios como clase y el contexto “revolucionario” de los años setenta, posibilitó el surgimiento de movimientos de protesta que ponían en jaque a la estructura tradicional de las sociedades hijas del proceso de modernización periférico.

Es decir que las luchas de las Ligas Agrarias (como de tantos otros) estuvieron estrechamente relacionadas con la estructura social más que con problemas subjetivos de identidad y lógica individual, ejes centrales de las nuevas teorías sobre los movimientos sociales³¹, lo que explica la incapacidad de estas nuevas teorías para dar cuenta de estos procesos.

La finalización del proceso de movilización social en el nordeste así como en el resto del país tuvo lugar, como ya es sabido, por la imposición de una feroz política de represión llevada adelante por la dictadura militar instalada en 1976, la cual a su vez retomó el camino de modernización liberal iniciado más tíbiamente en décadas anteriores. La aniquilación de todo estado de movilización a través de una táctica de represión que llevó a más de 30.000 desaparecidos estuvo acompañada por políticas económicas de apertura externa, inicio de liberalización de los mercados y de fuerte concentración económica.

³¹ Esto implica que si bien los problemas subjetivos ligados a la identidad y la lógica individual están presentes obviamente en cualquier grupo social no constituyen un eje ordenador a partir del cual intentar interpretar la lucha de estos movimientos agrarios, demostrándose una vez más la escasa pertinencia que tienen las teorías norteamericanas y europeas contemporáneas neo-funcionalistas ligadas al individualismo metodológica para intentar una explicación profunda del problema de los movimientos sociales en el siglo XX, principalmente en América Latina.

La etapa post-dictadura militar, si bien recuperó la vida democrática representativa, no impuso grandes cambios en términos de las políticas de desarrollo. Todo lo contrario, tras un breve período de indefiniciones, los gobiernos democráticos de la década del '80 retomaron el camino de liberalización y concentración económica, esta vez ya enmarcados en la etapa neoliberal a nivel mundial.

Frente a esto, durante los años 90, comenzaron a surgir una serie diversa de movimientos sociales y procesos de acción colectiva en pos de frenar esta avanzada del mercado. Si bien el enfrentamiento al neoliberalismo es claro en todas ellas, las propuestas para superarlo son diversas. Desde aquellos que proponen "retornar" a las formas capitalistas en donde el Estado tenía un papel más fuertemente regulador de todos los procesos económicos y sociales, hasta aquellos otros que pretenden directamente dejar atrás al capitalismo. Junto a las clásicas críticas sobre los procesos de explotación económica, aparecieron también fuertes críticas sobre las formas de la organización política. Así, la propia democracia representativa, típica del capitalismo comenzó a ser también un punto crucial a superar. Pero de toda la diversidad de movimientos, solamente algunas pocas organizaciones comenzaron a reivindicar nuevas formas de democracia no capitalista. Ciertas asambleas populares tuvieron un rol destacado aunque efímero en algunos casos debido a la pérdida de fuerza de estas formas de organización en el transcurso del 2002. Ciertos movimientos de desocupados (muchos de ellos ligados a la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, que en aquellos años tenía un perfil claramente crítico) junto a algunos movimientos agrarios como el MOCASE, también comenzaron a poner fuertemente el eje en el intento de nuevas prácticas democráticas, donde el concepto de democracia directa o participativa asumen una importancia fundamental junto con las ideas de autonomía y contrapoder, en el sentido de situarse por fuera de los mecanismos formales de la democracia representativa al desistir de participar en cualquier elección de autoridades nacionales o regionales. Y en algunos casos puntuales, la cuestión de la democracia ecológica también asume un papel central de las propuestas³². Este sería en parte el caso del ya mencionado Mocase junto a otros pequeños movimientos agrarios que se inscriben además en federaciones campesinas supranacionales, tanto a nivel continental como a nivel mundial. Es importante aclarar que debido a su autonomía, manejan diferentes concepciones de organización interna; pero el actual proceso de fragmentación está poniendo en crisis los postulados básicos del autonomismo y los principios fundamentales de la democracia directa.

En síntesis, el modelo de acumulación económica y de representación política impuesto – a costa de miles de desaparecidos - en los años setenta por la dictadura militar y su posterior profundización neoliberal de la mano fundamentalmente del peronismo, ha provocado un altísimo nivel de exclusión social con fuertes procesos de división interna en la comunidad, donde el individualismo extremo ha sido colocado como uno de los valores fundamentales de la cultura cívica y social. Las organizaciones de movimientos sociales con diversas formas de lucha es una clara respuesta a este avance del capital y un intento por superar la atomización social característica de la lógica de mercado.

Es entonces, posible ver patrones de continuidad en la construcción de los movimientos actuales con los de los años '70, a pesar de las obvias diferencias de matices que obedecen a los diversos contextos históricos, lo que relativizaría

³² Tal es el caso, por ejemplo, de las asambleas populares de la región cordillerana, que están llevando adelante una fuerte lucha contra infinidad de proyectos de explotación minera, que llevan a un desastre social, económico y ambiental de enormes dimensiones. Ver: <http://www.noalamina.org>

fuertemente la ingenua visión sobre los “nuevos movimientos sociales”. La lucha contra la desigualdad social, la exclusión y las diversas formas de explotación social son y fueron los ejes principales de las reivindicaciones y las luchas. La organización y el nucleamiento a partir de su condición de clase (en tanto proceso dinámico y no estático) siguen también ejerciendo una importante directriz en los procesos de movilización. La continuidad y profundización del proceso de modernización liberal primero devenido en neoliberal después es el marco en el cual se contextualizan los enfrentamientos y el esquema a partir del cual se viabilizan los antagonismos. Igualmente, en la actualidad como entonces, también se verifican diferencias de matices con especial correlación con la estructura agraria. El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha guarda cierta relación con las Ligas Chaqueñas y Misioneras en tanto representaban estas a los sectores agrarios dominados por la mediana producción y la conformación tipo farmer, pero la diferencia se vuelve notable si contabilizamos el espectro ideológico, mucho más radicalizado en el caso de las Ligas, en correlación con el contexto pre-revolucionario de los años '70, y claramente mucho más defensivo y apenas reformista en el caso del MML. Las Ligas Formoseñas y Correntinas, guardan en cambio un patrón más similar a los movimientos campesinos actuales (Mocase, Porhijú, Movimiento Campesino de Córdoba, Mocafor, Movimiento sin Tierra en Misiones, etc.), tanto por su posición en la estructura agraria como en sus reivindicaciones y posicionamiento político ideológico.

Por todo esto, es fácil ver como tanto las Ligas de los años '70 como los actuales movimientos sociales agrarios inscriben claramente su lucha dentro de una acepción que resalta las desigualdades sociales y las desigualdades socioeconómicas espacio-territoriales. Su accionar se define explícitamente desde su situación de marginalidad y subsunción social y “subdesarrollo” regional, frente a la producción agropecuaria dominante que concentraba y concentra cada vez más los recursos, definiendo las políticas para el sector. Es decir que más que apelar la teoría de la acción colectiva que tiende a visualizar al conflicto como un desequilibrio del sistema, y que define fundamentalmente a los movimientos sociales como piezas independientes dentro del juego funcional de la sociedad (similar a los participantes individuales en el mercado, según la teoría neoclásica) tratando de identificar sus rasgos subjetivos que los diferencian uno frente al otro y frente al conjunto funcional de la sociedad (así como en el mercado es necesaria una diversidad de participantes y roles para que este funcione), sería importante seguir viendo a los movimientos sociales como formas diversas de organización de conjuntos sociales (clases, fracciones de clase o incluso alianzas de clase) inmersos en relaciones sociales de antagonismo sociopolítico y cultural, pudiendo fácilmente conformarse como movimientos antisistemas, que por su misma configuración apuntan hacia algún tipo de lucha anti-status-quo. Por lo tanto, más que ver a los movimientos sociales como ciertos actores específicos inscriptos en el mismo proceso de “enmarcamiento” que el resto de los actores del sistema (es decir en un proceso de diferenciación interna funcional a la dinámica del sistema) sería importante verlos como sujetos inscriptos en alguna variante de cambio social, de transformación de la sociedad, lo que implica que su posición de antagonista del sistema sería uno de los ejes principales a partir del cual interpretarlo y no solo un elemento más de la larga serie de características con las cuales solo se logra inmovilizar descriptivamente a los movimientos sociales. Es que la identidad principal de un movimiento social es predominantemente su posicionamiento crítico frente al modelo dominante, peticionando por algún tipo de cambio, sea este parcial o total. Las Ligas Agrarias de la región chaqueña entonces, y buena parte de los movimientos agrarios actuales se situaron y sitúan como un sector social claramente enfrentado a ciertos patrones

del modelo de desarrollo dominante y que dada las particulares características de “efervescencia revolucionaria” de los años setenta, se constituyeron las Ligas, en un movimiento social agrario que a pesar de poseer fundamentalmente reclamos reales solo de reforma económica-política, desarrollaron un discurso y un accionar fuertemente radicalizado. Así, solo una interpretación que tenga considere el antagonismo y la posibilidad de una lucha anti-sistema puede analizar este tipo de procesos.